

XL Asamblea General: una mirada atrevida al futuro

La Congregación en clave de esperanza

por Santiago Azcárate Gorri, C.M.

Provincia de Zaragoza

Introducción

Centrada en el objetivo de revisar la vida y la misión de la Congregación a la luz de las Constituciones, la XL Asamblea General no se limitó a mirar hacia atrás o a detenerse en el tiempo presente, sino que, alentada por la *“notable aportación a la Iglesia en los últimos cuatro siglos”* (Carta de Juan Pablo II) acabó lanzando al futuro una mirada atrevida y llena de esperanza. Desde esta clave de esperanza hay que leer, por tanto, la última parte del Documento de nuestra reciente Asamblea; esperanza que hunde sus raíces en la reconocida capacidad apostólica de la Congregación durante tantos años, y esperanza que es alentada por el mensaje del Papa cuando hace suyas las palabras del Señor a Pedro para aplicárnoslas a nosotros: *“¡Duc in altum!, ¡Boguen mar adentro! (Lc 5,4). No teman arriesgarse, echen las redes para la pesca. ¡El Señor mismo será su guía!”*.

Hay en estas palabras del Santo Padre, y así lo entendió la Asamblea, una llamada a la radicalidad y una llamada a la confianza. Llamada a la **radicalidad** marcada por ese imperativo de Cristo de *“remar mar adentro”*. Un imperativo que implica, como en el caso de los apóstoles en la barca, alejarse de la orilla, adentrarse confiadamente en la profundidad del mar, abandonarse por completo a la voluntad de Cristo y trabajar en la parcela que el Señor nos marca. Para ello tenemos una hoja de ruta, las Bienaventuranzas, hoja de ruta que jalona nuestro recorrido interior hacia la santidad y nuestro compromiso de acción con el Reino de Dios. ¿Recordamos la respuesta de Pedro a la imprecación del Señor?... *“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes”* (Lc 5,5)... Esa tendría que ser también nuestra actitud y nuestra respuesta a la hora de encarar la mirada atrevida al futuro y la misión: hemos estado trabajando, nos hemos fatigado, hasta hemos podido perder un punto de ilusión y de optimismo... Pero, porque tú lo dices y confiando en tu palabra,

echaremos las redes y volveremos a la misión con un espíritu inquieto, como el del primer momento.

Sólo así podremos hacer nuestra de verdad la segunda llamada: crecer en **confianza**. Probablemente nada en la sociedad o en la cultura actual nos alienta en nuestra vocación. El desprestigio de la Iglesia, la frivolidad del Evangelio, la nula valoración de nuestro estilo de vida, la escasez de vocaciones, el envejecimiento de nuestras comunidades, la merma de nuestras fuerzas... más nos mueven aquí en Occidente al desaliento que al entusiasmo, más nos llevan a buscar refugio en un pasado brillante que a mirar con esperanza un futuro incierto. Y, sin embargo, nos sentimos llamados a la confianza, a la mirada atrevida a lo que está por venir. El propio Juan Pablo II señala en la *“Novo Millennio Ineunte”* que lo hecho en el pasado no puede llevarnos ahora a una actitud de desinterés. *“Al contrario, añade, las experiencias vividas deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas... En la causa del Reino, concluye el Papa, no hay tiempo para mirar hacia atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza”* (NMI, 15) En el Reino de Dios no hay tiempo para mirar hacia atrás: el futuro está por delante y está sin realizar. Mientras tengamos un aliento de vida, tenemos una misión que cumplir. A ello nos llama el Señor y en ello habremos de emplearnos hasta el final: con confianza, con ilusión, con coraje.

Desde estas dos claves de radicalidad y confianza quiero compartir, por tanto, esta sencilla reflexión sobre la tercera parte del Documento de nuestra Asamblea. Por razones de espacio y tiempo, me centro en los aspectos que nos son comunes a todos los misioneros, dejando para otras consideraciones las muy interesantes líneas aportadas por los distintos grupos continentales. Completan sin duda el trabajo de toda la Congregación y aportan unas concreciones muy útiles para encarnar a niveles propios la inspiración de la Asamblea.

1. Mirada que agita todo nuestro ser

Porque la acción de mirar comporta una cierta connotación de fijación y detenimiento, puede dejar en nosotros una primera impresión de pasividad y distancia: miramos desde fuera, observamos con fría objetividad y respondemos con calculada medida. No es este, sin embargo, nuestro mirar si nos fijamos a dónde nos lleva: a revitalizar nuestra vocación, reforzar nuestra actividad apostólica y renovar nuestra vida comunitaria. Estamos ante verbos activos, “revitalizar”, “reforzar” y “renovar”, que nos hablan de dar nuevo aliento, dotar de mayor vigor e infundir otro ardor. Y estamos ante asuntos vitales, “vocación”, “actividad apostólica” y “vida de comunidad” que nos refieren a lo que es nuestra identidad, nuestra misión y nuestro

marco. No estamos, pues, ante una mirada indiferente sino comprometida. Y no es una mirada ajena a nuestro vivir, sino centrada en nuestro ser y en nuestro quehacer. Por eso es una mirada que nos provoca, que nos cuestiona, que nos agita.

No parte, por otro lado, esa mirada de un individuo atemporal, sino de un sujeto histórico concreto: portador de una larga experiencia, que conoce el tiempo presente y que aspira a un horizonte futuro. Es por eso por lo que se mira con una perspectiva. Perspectiva que ha empezado por echar la mirada con sinceridad hacia el pasado, hacia lo ya recorrido, constatando dificultades, logros y urgencias. Perspectiva que se ha centrado con detenimiento y atención en el presente, para tratar de identificar los impactos y desafíos que el momento actual está provocando en nuestro ser vicenciano. Son desafíos, se nos dice, que tienen relación con nuestros valores, con nuestra actividad apostólica y con las vocaciones y vida comunitaria.

De ese contexto es desde donde arranca la nueva perspectiva. **Perspectiva que mira hacia el futuro**, hacia lo que está por recorrer, y que pretende hacer frente, por lo tanto, a los retos planteados. Se intenta así, frente al desafío a los valores, revitalizar nuestra vocación; frente al desafío a la actividad apostólica, reforzar toda nuestra acción misionera; y frente al desafío a las vocaciones y vida comunitaria, renovar nuestras comunidades. Hay, por otra parte, una línea de fondo que va a atravesar y a unir como un hilo conductor todos los campos: la **línea de la formación**.

Esto supuesto, más que resaltar ahora uno u otro aspecto en cada uno de los apartados, me parece más oportuno señalar algunos de los ejes que están presentes en todos ellos y que pueden darnos una clave de lectura y aplicación de los textos. Estamos llamados a hacer del Documento, no la constancia escrita de una Asamblea pasada, sino una realidad viva que nos espolea y orienta. Llega a nuestras manos un instrumento muy válido para remover nuestro ser vicenciano; por lo que no podemos recibirlo únicamente como material de oración o archivo para nuestras bibliotecas, sino que hemos de usar de él para animar y canalizar nuestra vocación, vida y misión. Para ello, resulta provechoso resaltar algunas de las líneas de fuerza que lo atraviesan.

2. Ejes presentes en esta tercera parte

a) *El fortalecimiento del carisma*

Fijándose en las Constituciones, se nos recuerda en el texto inspiratorio que *“el espíritu de la Congregación es una participación del espíritu del mismo Cristo, como lo propone San Vicente: ‘Me ha enviado a evangelizar a los pobres’ (Lc 4,18)”*. La mirada, por tanto, se

centra ya desde el comienzo en Cristo. Pero no en un Cristo genérico y universal abierto a cualquier perspectiva, sino en el Cristo propuesto por San Vicente: el Cristo inmerso en la corriente misionera de Dios que ha venido a este mundo a evangelizar a los pobres. Nuestro carisma es, pues, cristocéntrico y misionero; tiende a conformarnos con **Cristo-Evangelizador** y nos asocia a la misión única que el Padre encomienda al Hijo y que perpetúa la Iglesia en el devenir de la Historia.

Se nos urge desde aquí a *“desarrollar, articular y aplicar criterios que acentúen el carácter misionero y profético de nuestro carisma...”*. La realidad de los muchos años de historia de la Congregación y la experiencia de nuestro personal recorrido han podido atenuar el vigor fundante del carisma. El paso del tiempo, las obras ya muy consolidadas, los ministerios sobradamente conocidos, las inercias a las que propendemos nos acaban instalando inconscientemente en la acomodación y la rutina y van sofocando el ardor primero. De ahí que sea necesario recordar periódicamente nuestros orígenes y volver a la raíz de nuestro ser. Contemplamos entonces nuestro carácter dinámico y misionero, profético y evangelizador, emprendedor y apostólico. Y nos sentimos llamados a sacudirnos viejos hábitos, a abrirnos a nuevos horizontes y a trascendernos en otros servicios.

Es lógico que se insista, pues, en *“usar los criterios establecidos en las Constituciones (C. 2; 12) para revisar las obras que llevamos, iniciar otras nuevas, abandonar las que no responden a estos criterios y dar nuevo vigor a los ministerios vicencianos actuales”*. No es sino el recuerdo de algo ya consagrado hace años en nuestras Constituciones y que probablemente no hemos activado con radicalidad. Pesan aún en exceso sobre nuestros hombros las herencias del pasado: ministerios demasiado ligados a lo cultural, pastoral en clave de conservación, casas desplazadas de lo que fue su sentido primero o su emplazamiento entre los pobres, formación más en clave sacramental que misionera... Y urge, por eso, la **revisión seria, leal y comprometida**.

Para vigorizar el carisma, se insiste, por otra parte, en el Documento en un elemento nuevo que no se tenía tanto en cuenta en el pasado y que ha ido cobrando fuerza en los últimos años, la **colaboración**: *“Comprometernos a trabajar en la evangelización de los pobres junto con los miembros de la Familia Vicenciana y de otros grupos eclesiales...”*. A nivel interprovincial se vive esta realidad cada vez con mayor fuerza en el intercambio de personal, compromisos misioneros, apoyos en la formación o ayudas económicas. Pero se quiere dar mayor proyección a esta colaboración, haciéndola extensiva a los miembros de la Familia Vicenciana y a otros grupos eclesiales o sociales. No se trata en ninguno de los casos de una realidad urgida por la escasez de miembros activos o por la necesidad de mayores apoyos. Se trata, más bien, de una opción reflexiva y teológica. Nos

empeñamos en la colaboración porque somos parte de una Iglesia-comunión que ha de hacer visible en la cooperación la unidad de todos sus miembros entre sí y con los otros grupos de la sociedad humana. Y acentuamos esa colaboración porque nos importa la evangelización de los pobres y buscamos los mejores medios y dedicamos los mayores esfuerzos a la consecución de ese fin. Es el fortalecimiento del carisma y la entrega fiel a nuestra misión, y no simples razones de eficacia, lo que nos mueve en esta dirección.

De la **virtualidad del propio carisma** nace, además, nuestra principal fuente de energía. Tanto las opciones eclesiales (de evangelización y de referencia al pobre) como las realidades sociales (de nuevas pobrezas a todos los niveles y de activación de tantos recursos) resaltan la actualidad de nuestro carisma. No necesitamos los vicencianos ni reformular ni refundar. Nos basta con ser conscientes del “tesoro” que hemos recibido y de activarlo con dedicación, entusiasmo y coraje. Tenemos un prototipo, Cristo, un modelo, San Vicente, y un campo inmenso, los pobres. Nos hace falta ahora *acudir a las Constituciones, progresar en la oración, profundizar en la formación, fortalecer la comunidad y entregarnos a la misión.*

b) La fidelidad creativa

Porque el carisma no es un recuerdo fosilizado sino un soplo continuo del Espíritu, no estamos llamados a conservarlo inmutable, sino a *“expresarlo con fidelidad creativa en las culturas de los diversos pueblos y en las nuevas culturas de nuestro tiempo”*. A primera vista, puede parecer contradictorio hablar de “fidelidad creativa”. La palabra “fidelidad” evoca pasado, referencia a algo recibido, afán de conservar, mantenimiento de una actitud estable. “Creatividad”, por el contrario, suena a algo nuevo, que se crea, que surge en el presente y que se pretende con ansias de futuro. ¿Cómo se conjuga entonces la fidelidad con la creatividad?

Sencillamente desde el punto de vista cristiano. La fidelidad para nosotros no es cosificación de actitudes o perpetuación de unas obras determinadas. La fidelidad es reconocerse inmerso en la corriente de una tradición que brota naturalmente del pasado pero que sigue fluyendo hacia lo porvenir. De esa tradición se recoge una herencia rica en espiritualidad vicenciana, en misión evangelizadora, en testimonio admirable, en amor entregado a la comunidad y a los pobres. Y a todo eso se quiere ser fiel, pero no desde la orilla, sino metiéndose en la corriente. Y ahí en la corriente, reconociéndose parte de ese río que viene de lejos, se corre hacia el futuro y se activa la creatividad. Y se prolonga el cauce, y se bañan otras orillas, y se riegan otros campos, y se sacia otra sed. Es una imagen, ciertamente, pero ilustra lo que tiene que ser nuestra fidelidad creativa: nos reconocemos herederos de una fecunda tradición que nos enriquece, pero nos sabemos

a la vez protagonistas de una historia que nos compromete a mantenerla viva y fuerte. Por eso nuestra fidelidad sólo puede ser creativa: porque no la entendemos como fijación en el pasado, sino como trampolín para el futuro; porque no es primariamente raíz que nos sujeta, sino manantial que nos empuja.

Conectada con nuestra radical espiritualidad de encarnación, esa fidelidad está llamada a reactualizarse de continuo **inculturándose** en los diversos pueblos y en los distintos tiempos. El carisma se encarna y recrea en primer lugar en cada misionero, inspirándole una forma determinada de ser e iluminándole un modo concreto de evangelizar. Pero el carisma se encarna, además, en cada tiempo, pueblo y cultura: para fecundarlo todo con el espíritu de Cristo y hacer posible la vivencia del Evangelio y la realización del Reino de Dios en cada circunstancia histórica. La apertura a las huellas del Espíritu, la lectura de los signos de los tiempos, la inserción en el mundo de los pobres, el reconocimiento del pluralismo, la práctica del diálogo y el compartir comunitario resultan, por eso, imprescindibles para una fidelidad creativa de la Congregación y de cada misionero.

No puede extrañarnos, por tanto, que se repita reiteradamente en el documento el adjetivo **“nuevo”**: *“nuevos estilos de vida comunitaria”... “nuevas formas para nuestro ministerio”... “nuevas energías en la formación de formadores”...* Se trata de ensayar de manera distinta cuanto nos constituye y nos configura. Pero no por el prurito de la novedad o por el afán de cambiar las cosas, sino por el deseo de mejor evangelizar a los pobres y mejor llevarles a Cristo. Si se pretende que estemos *abiertos a nuevos estilos de vida comunitaria con laicos* (algo que merecería la pena intentar con seriedad) es en función de la misión. Si se quieren *“encontrar nuevas formas para integrar en nuestro ministerio el anuncio de la palabra y la celebración de los sacramentos con el servicio directo al pobre”* es por fidelidad a nuestra vocación. Y si se busca *“invertir nuevas energías en la formación de formadores”* es para dinamizar toda nuestra actividad apostólica. Es siempre la continuación de la **misión de Cristo** lo que aparece como transfondo de nuestras motivaciones, y es siempre el horizonte de la **evangelización de los pobres** el que marca la línea de nuestra fidelidad.

Esto exige de nosotros, en consonancia con el documento de la Asamblea, *“promover la disponibilidad y la movilidad en la aceptación de ministerios propios de nuestro carisma”*. Estamos sin duda ante dos actitudes (disponibilidad y movilidad) netamente misioneras que han de caracterizar el talante del vicenciano. El inmovilismo, la cerrazón, el aferrarse a lugares y personas, la instalación en un ministerio atentan contra la fidelidad a que nos hemos comprometido; mientras que la disposición positiva para la aceptación de compromisos en línea con nuestro carisma refuerzan la creatividad y el dinamismo.

c) *La apertura esperanzada al futuro*

En fidelidad a nuestra vocación y misión, nos urge la Asamblea a renovar nuestra vida de comunidad, descubriendo en la Trinidad su principio vital y alimentándola desde la misión y para la misión. Para ello, cree imprescindible *“formular, llevar a cabo y revisar periódicamente nuestros proyectos provinciales, viceprovinciales y comunitarios”*.

Se resalta en esta línea la importancia de los **proyectos** a todos los niveles. Y si se destacan los proyectos es porque se cree en el futuro. Sólo se proyecta en la medida en que se espera. Y se proyecta para adentrarse en la realidad, para preparar lo que se espera, para abordar cristianamente lo porvenir. Advierte un ensayista en su obra *“El vuelo de la inteligencia”* que *“cada cual interpreta la realidad de acuerdo con sus proyectos”*. Y pone como ejemplo el poema *“La alcachofa”* de Pablo Neruda. Si el poeta va a la huerta y descubre en ese fruto hermosas imágenes y evocadoras palabras es porque sabe dar un significado diferente a lo que ve. Es *“porque mira las cosas con un Proyecto distinto”*. Y es que cada cual interpreta la realidad de acuerdo con su perspectiva.

Por eso es tan importante un proyecto. No porque encorsete unas acciones o dirija unos pensamientos; sino porque educa una mirada y orienta un sabio entender y un recto obrar. La realidad está siempre ahí, delante de mí o en mí, y espera únicamente que le indique cuál es mi proyecto para ponerse a colaborar conmigo. El proyecto actúa, por tanto, en nosotros como un proyectil que horada la realidad y amplía el campo de lo posible. Nunca están las cosas decididas del todo. Nunca apuramos nosotros las infinitas posibilidades que encerramos... Todo, realidad y nosotros, está ahí a la espera de nuestra decisión... Por eso, con inteligencia, con arrojo y con ánimo hemos de saber encarar el futuro que desde el Proyecto se anticipa.

Hablar de proyecto es hablar de **futuro**. Y hablar de futuro es hablar de esperanza. ¿Cuál es mi proyecto personal?... ¿Cómo es nuestro proyecto comunitario?... ¿Qué proyecto tenemos como Congregación o como Iglesia? Porque en la respuesta a esos interrogantes podremos comprobar el nivel de nuestra **esperanza**.

Es en este contexto de proyecto y de futuro, de confianza y de vida donde hemos de leer varias de nuestras líneas. El dedicar, por ejemplo, *“tiempo a programar los detalles de la vida comunitaria, prestando especial atención a preparar nuestra oración y a compartir juntos su fruto”*. ¿Creemos de verdad en la capacidad de nuestra comunidad y en el valor de la oración en ella para crecer en nuestra vocación y misión?... ¿Por qué nos cuesta compartir el fruto de nuestra oración o la vivencia de nuestra fe?... ¿Es que no es la dinámica espiritual la que impulsa nuestro vivir hacia el Reino de Dios?

En línea de esperanza se ofrecen también las *llamadas a fomentar la corresponsabilidad en la vida comunitaria y el cuidado de los misioneros en necesidad*. Somos los misioneros el principal valor de cada comunidad. En cada uno de nosotros late en distinta medida la confianza en el Señor, la fe en la misión, el amor a la vocación, la salud integral o una determinada actitud vital. Es por eso por lo que invertir en calidad personal es invertir en calidad vocacional y misionera. E invertir en todo esto es invertir en futuro, en proyecto, en esperanza.

Si se repiten en todo el documento las referencias a la **pastoral vocacional** y al posicionamiento ante los candidatos es porque la Asamblea se sitúa en clave de futuro. Se podrá pensar que viene esa referencia motivada más por la preocupación pesimista ante la posible escasez de vocaciones que por la mirada esperanzada respecto a los nuevos candidatos. Es ésta, sin embargo, la línea a considerar. Porque se está convencido del vigor del carisma vicenciano y porque nos mueve el deseo de ser fieles, es por lo que surge la insistencia en relación a los candidatos: *llamada al desarrollo de una pastoral vocacional eficaz, acogida en nuestra vida comunitaria... a posibles candidatos para ser misioneros, proporcionarles la formación para y en la comunidad...* Se trata en todos los casos de proyectar, de orientar, de preparar... Más que en ningún otro campo, es en la propuesta vocacional y en la preparación de los candidatos donde no se puede proceder mediante la improvisación o el impulso. Aquí hace falta proyectar, planificar, organizar, crear cauces y sistemas, proveer recursos... Porque se cree en la propuesta, se está convencido de la calidad de lo que se ofrece, se tienen garantías de que es un camino de felicidad y de vida.

d) La importancia de la formación

Es sin duda la importancia de la formación uno de los ejes más claros en el desarrollo de todo el documento. Tan fundamental era este aspecto para los asambleístas que se llegó a pensar en dedicarle una línea específica que recogiera las propuestas. Pareció más conveniente, sin embargo, que la preocupación por la formación recorriera todos los apartados de esta mirada al futuro con el fin de que en todos ellos se percibiera lo decisivo del tema.

Y es que está hoy, como sabemos, la formación en el punto de atención de la sociedad y de la Iglesia. En todos los ámbitos del saber y de la cultura se planifican concienzudamente los procesos formativos, tanto a nivel inicial como permanente. Y no se trata de una moda o de una urgencia de los tiempos. Se trata, más bien, de una **exigencia de la vocación**. La formación, para nosotros, no es un requerimiento exigido por el avance de los conocimientos, sino una dimensión del dinamismo de nuestra vocación. Formarse bien en los comienzos significa echar los cimientos de un sólido ser vicenciano.

Y formarse bien de continuo garantiza crecer como misionero correspondiendo al don que se ha recibido. Es verdad que no faltan para formarse razones puramente humanas, como la realización personal progresiva o la continua actualización para estar al día y ser más eficaz en el ministerio. Pero estas razones quedan asumidas y especificadas por la motivación teológica que aparece en la "Pastores dabo vobis": La formación es *"expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser... Pero es también un acto de amor al Pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote... Y, más aún, es un acto de justicia verdadera y propia"* (70).

En esta perspectiva, no es extraño que ya en la primera propuesta de esta tercera parte del Documento se establezca la orientación que ha de tener la formación del misionero: Ha de ser *"una formación inicial y continua, según el modelo de Cristo evangelizador de los pobres, profundizando en el conocimiento de nuestra identidad vicenciana..."*. La formación ha de procurar, por lo tanto, que el misionero llegue a configurar su ser con el ser de Cristo-evangelizador de los pobres. Aquí está la clave de su identidad cristiana y desde ahí ha de levantar el edificio de su vivir y su evangelizar.

No tiene la formación, como se ve en esta propuesta, una pretensión de conformar individuos ilustrados o eruditos que se recrean en su propio saber. Es la formación un instrumento imprescindible para configurar el carácter vicenciano y situar al misionero en el ámbito de la comunidad y la misión. Ha de ser ciertamente una formación seria, equilibrada, sólida, siempre abierta... una formación vertebrada por la mirada a Cristo evangelizador y la preocupación por los pobres a quienes se quiere servir. Y es que son Cristo y los pobres los dos polos inseparables de ese único eje que sostiene nuestra vida y que es la vocación vicenciana.

Porque se trata de una formación que prepara para la misión, y no tanto para la especulación, formula el documento una proposición de gran interés: se ha de *"proporcionar una formación inicial y continua que responda a los desafíos que la sociedad plantea a nuestra actividad apostólica"*. Ahí están recogidos varios de los elementos esenciales hoy para nuestra comprensión de la formación: que nunca acaba, sino que abarca todos los momentos y fases de nuestra vida... que ha de estar muy atenta a los acontecimientos de la historia para advertir los retos que la sociedad nos plantea... que se ha de enfocar a nuestra actividad apostólica.

Conviene retener muy bien ese panorama y activarlo en nuestros programas formativos. Programas que habrán de tener en cuenta naturalmente los perfiles de nuestra espiritualidad específica y de nuestra vocación; pero programas que habrán de ser a la vez muy sensibles a las circunstancias eclesiales, a los acontecimientos sociales (sobre todo en relación con los pobres) y a la respuesta misionera más adecuada desde nuestra misión y apostolado.

Contando con estos principios formativos tan definidores y concretos, la Asamblea destaca después en cada una de las Líneas **compromisos misioneros** en relación con la formación de los laicos, de nuestros propios candidatos y para la vida de comunidad: *“Ofrecer una sólida formación vicenciana”* a los grupos de nuestra Familia... *“invertir nuevas energías en la formación de formadores”*... *“proporcionar a nuestros candidatos la formación para la comunidad y en la comunidad”*.

Sin duda alguna, surge de estas propuestas una llamada implícita a la colaboración a todos los niveles: interprovincial, eclesial, social y con la Familia Vicenciana. Esa misma colaboración es en sí misma formativa ya que prepara para el posterior trabajo en equipo o en cooperación y enriquece los contenidos de lo que se ofrece con unas perspectivas diferentes. En cualquiera de los casos queda realizada la importancia de una buena formación para posibilitar el crecimiento vocacional y garantizar la entrega a la misión.

Conclusión

Es curioso que el Documento de la Asamblea acabe como empieza: con la misma llamada del Papa en nombre de la Iglesia a remar mar adentro. A ello nos va a conducir inevitablemente el fortalecimiento del carisma, la fidelidad creativa, la apertura esperanzada al futuro y una buena formación. Nos sentimos llamados por Cristo-Evangelizador. Nos sabemos enviados a evangelizar a los pobres. Fijémonos en la magnitud y belleza de nuestro compromiso: con Cristo y los pobres. Fijémonos en la provocación y fuerza del desafío: remar mar adentro. Acojamos con alegría este reto. Enfrentémonos a él con esperanza. Démosle respuesta con lucidez y valentía. Abriremos de ese modo caminos de futuro para la Congregación y haremos efectiva la evangelización de los pobres.